

GALDÓS Y LOS ESCRITORES CORDOBESES («EL CABALLERO AUDAZ» Y OTROS PERSONAJES)

Antonio Cruz Casado
Académico Numerario

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Córdoba.
Pérez Galdós.
El torero Machaquito.
El Caballero Audaz.

La ciudad de Córdoba y algunos de sus pueblos están presentes en varias obras novelescas de Galdós. El escritor fue amigo de numerosos escritores cordobeses, residentes en Madrid, a los que hay que añadir el torero Machaquito y su familia.

También fue amigo de Galdós el periodista montillano José María Carretero Novillo, El Caballero Audaz, que entrevistó a Galdós y nos dejó una de las mejores entrevistas publicadas con el maestro del realismo.

ABSTRACT

KEYWORDS

Córdoba.
Pérez Galdós.
The bullfighter Machaquito.
El Caballero Andaluz.

The city of Córdoba and some of its towns are present in several novels by Galdós. The writer was friends with numerous writers from Córdoba, living in Madrid, to which must be added the bullfighter Machaquito and his family.

The journalist José María Carretero Novillo, El Caballero Audaz, was also a friend of Galdós, who interviewed and left us one of the best interviews published with the master of realism.

No; Galdós no pertenece al pasado. La conmemoración del 4 de enero no puede ser una ceremonia fría, mera manifestación noble de un culto literario, cumplido póstumo sin trascendencia. Galdós está vivo, como lo está su España. Su pabellón tiene que ser el nuestro¹.

CÓRDOBA EN GALDÓS

No hemos visto estudiada con el detenimiento necesario la relación entre Galdós y Córdoba. Y no hay entre las novelas galdosianas nada parecido a *La feria de los discretos*

Boletín de la Real Academia
de Córdoba.

¹ Enrique Díez-Canedo, «Encuentros con Benito Pérez Galdós», *El Sol*, 19 de octubre de 1934, p. 1. La conmemoración del 4 de enero citada en el texto es la fecha del fallecimiento del escritor, en 1920.

(1905), de Pío Baroja, que refleja ambientes históricos y personajes de nuestra ciudad en torno a 1868. Sin embargo, si leemos con atención los *Episodios Nacionales*, que transcurren en toda la geografía nacional, comprobamos que Córdoba y sus pueblos están presentes en esta monumental serie de novelas históricas. En este sentido, baste citar el episodio *Bailén* (1873), cuyo capítulo XI está dedicado parcialmente a la capital cordobesa con un elogio marcado hacia sus monumentos, su historia y su significación cultural. Un fragmento del mismo dice así:

Era Córdoba, la ciudad de Abdherramán, la Meca de Occidente, la que fue maestra del género humano, la vieja andaluza, que aún se engalana con algunos restos de su antigua grandeza; todavía hermosa, a pesar de los siglos guerreros que han pasado por ella; ya sin Zahara, sin Academias, sin pensiles, sin aquellas doscientas mil casas de que hablan los cronistas árabes; sin califa, sin sabios, pero orgullosa aún de su mezquita catedral, la de las ochocientas columnas; triste y religiosa, habiendo sustituido el bullicio de sus bazares con el culto de sus sesenta iglesias y sus cuarenta conventos; siempre poética y no menos rica en la decadencia cristiana que en el apogeo musulmán; ciudad que hasta en los más pequeños accidentes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez; escondida en sus interiores donde guarda innumerables maravillas, y siempre asustada al paso del transeúnte; protectora de los enamorados para quienes ha hecho sus mil rejas y ha oscurecido sus calles; devota y coqueta a la vez, porque cubre con sus joyas las imágenes sagradas, y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios.

Tal era la ciudad que había estado entregada por tres días a la brutal y salvaje codicia de los soldados de Dupont. Este desgraciado general, que desde entonces comenzó a sentir aquel aturdimiento e indecisión que lo acompañaron hasta capitular, temeroso de ser sorprendido allí por las tropas de Castaños, se retiró el 16 de Junio, dirigiéndose a Andújar, desde donde pidió refuerzos a Madrid².

² Benito Pérez Galdós, *Bailén, Episodios nacionales, Obras completas*, ed. Federico Carlos Sáinz de Robles, Madrid, Aguilar, 1941, tomo I, p. 296. Otro fragmento significativo, en la misma obra, nos ofrece también un marcado ambiente cordobés. Habla Amaranza, un personaje que vive en la calle de la Espartería, en Córdoba: «—¿Y crees que España podrá echar fuera a la canalla? ¡Ah!, yo no participo de la ilusión de esta buena gente. ¿Qué pasó el día 9 en el puente de Alcolea? Aquellos pobres paisanos, a quienes no se puede negar el valor, huyeron ante las tropas disciplinadas del general Dupont. En Córdoba tampoco se les puso resistencia, y ¡qué horror, Dios mío!, ¡qué tres días de angustia! Todos creíamos que los franceses entrarían con bandera de paz, porque la

Menos intenso, pero igualmente visible, es el ambiente cordobés del capítulo XXX, en el episodio *La de los tristes destinos*, dedicado en parte a la batalla de Alcolea, ya en la cuarta serie. Se trata de la novela que cierra esta parte y que iba a ser la última de todas; en ella encontramos, en el momento seleccionado, a dos personajes amigos, Santiago Ibero, el protagonista de estas narraciones finales, y Leoncio Ansúrez:

Con estas ilusiones llegaron a Córdoba los dos amigos, donde se les dio boleta de alojamiento para una casa situada en *el Potro*. Tan corto fue su descanso en la patria del buen Séneca, que apenas dispusieron de algunos ratos para ver deprisa y corriendo la Mezquita o Catedral; que de las dos maneras la llaman los turistas. Sin respiro se ocupaban en el inventario y reparación de armamento, en la pirotecnia, en el servicio de acémilas y carros... De esta faena les sacó una mañana Caballero de Rodas, que salió con dos regimientos a tomar posiciones en Alcolea, porque, según noticias, Novaliches había franqueado ya Despeñaperros, y era forzoso cerrarle las puertas de Córdoba. En Alco-

gente de Echévarri abandonó la ciudad, y los de aquí no trataban de hacer resistencia. Llegaron los franceses a la Puerta Nueva, y mientras las autoridades hablaban con ellos para darles entrada, de una casa cercana salieron algunos tiros. Furiosos los enemigos, después de derribar la puerta a cañonazos, desparramaronse por las calles de Córdoba asesinando a cuantos encontraban al paso y metiéndose en las casas para coger cuanto había. No puedes figurarte lo que era aquello. Mudos de espanto y ansiedad estábamos todos aquí, atento el oído a los rumores de la calle, cuando sentimos que las puertas caían a golpes, y penetraba aquella soldadesca bestial, diciendo que se les entregasen todos los objetos de valor. El miedo nos impidió andar en contestaciones con ellos, y al punto les dimos alhajas, dinero, plata de mesa y cuanto había, deseando que se lo llevasen todo de una vez para no escuchar sus insultos. Mas luego bajaron a la bodega sedientos de vino: no contentos con echar fuera las cubas pequeñas, bebían en las llaves de las pipas grandes, y dejándolas luego abiertas, corría el Montilla de setenta y cinco años inundando las cuevas. Uno de aquellos salvajes pereció ahogado en vino. Pero al fin se fueron de casa sin cometer atrocidades de otra clase, y nos vimos libres de semejante chusma. En otras partes los horrores no pueden contarse. Robaron todo el dinero de la administración, toda la plata de los conventos, los vasos sagrados, los cálices, las custodias, las alhajas de las imágenes; penetraron también en los conventos de frailes, muchos de los cuales murieron asesinados; convirtieron en lupanar la iglesia de Fuensanta, y por tres días Córdoba no fue una ciudad, fue un infierno, porque todos los demonios, todas las maldades y abominaciones cayeron sobre ella. Por las calles se les encontraba borrachos, llenos de inmundicia, y se revolcaban en el lodo, engullendo vorazmente la comida que sacaban a viva fuerza de las casas. Los generales franceses, avergonzados de tanta bajeza, querían someterlos a palos; pero fue preciso emplear mucho rigor, y algunos hubieron de ser fusilados para hacer entrar en razón a los demás. Por último, saliendo de Córdoba para Andújar, esos cafres nos han dejado en paz por algún tiempo. ¡Qué espantoso estado el de España! Y lo peor es que sucumbirá. ¡Qué horrores, qué días terribles nos aguardan! ¿Y en Madrid qué tal se vive?», *ibid.*, pp. 298-299.

lea comenzaron sin pérdida de tiempo los trabajos de atrinchamiento, así en la falda de la sierra como en la cabecera del puente, donde había un hostel muy apropiado para la defensa. Se dispuso el emplazamiento de la artillería, y se fortificaron dos excelentes posiciones en casas de labor llamadas *Yegüeros* y *el Capricho*³.

Algún otro pueblo cordobés está también mencionado en el amplio fresco histórico galdosiano, como Cañete de las Torres⁴, Montoro⁵ o Iznájar, de la que encontramos varias referencias en el episodio⁶ titulado

³ Id., *La de los tristes destinos*, ibid., tomo III, p. 747.

⁴ «Nuestra marcha por Cañete de las Torres en dirección al río Salado era un verdadero paseo triunfal, mejor dicho, casi no parecía que marchábamos, porque la gente de los pueblos, incluso mujeres, ancianos y chicos, nos seguían a un lado y otro del camino, improvisando fiestas y bailes en todas las paradas. Cuando el ejército se detenía, se eclipsaban en apariencia todos los males de la patria, porque la tropa, recobrando el buen humor, convertía el campamento en una especie de feria.

Yo no sé de dónde salían tantas guitarras; no pude comprender de qué estaban hechos aquellos cuerpos tan incansables en el baile como en el ejercicio, ni de qué metal durísimo eran las gargantas, para ser tan constantes en el gritar y cantar», Id., *Bailén*, op. cit., p. 312.

⁵ «Habían dejado los franceses en Montoro un destacamento de setenta hombres, para custodiar un molino donde fabricaban con dificultad harina malísima. El alcalde de aquella villa, donde no había quedado ni una sola arma de fuego, se atreve, sin embargo, a dar cuenta de los setenta franceses, para lo cual era preciso despachar primero a los veinticinco que a todas horas estaban de guardia en el puente. Reúne, pues, algunos paisanos decididos, y usando la arma blanca, ataca con furia a la guardia; los veinticinco son exterminados; apodérase de sus fusiles la valiente cuadrilla, sorprende el resto del destacamento en la casa donde se albergaba, hace prisioneros a soldados y jefes, y les manda a la isla de León. El parte en que se notificó este suceso a la Junta Suprema decía que todo se hizo con las *varas de los harrieros* (conservo la ortografía del original); pero esto ha de ser una hipérbole andaluza.

Sintiéndose llamado a más grandes acciones, don José de La Torre (que así se nombraba aquel alcaldito), sale al encuentro de un convoy que venía de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que custodiaban este, los cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren a contar a Dupont lo que ha pasado. Entonces Dupont envía mil hombres a Montoro con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo o muerto al alcalde. Arde Montoro, y La Torre, conducido vivo, va a ser pasado por las armas: pero un general francés, a quien poco antes había dado hospitalidad, intercede por él; es puesto en libertad, y aquel *petit caporal* de las guerrillas marcha a Sevilla y recibe de la Junta los galones de capitán de ejército.

Pues bien; lo que pasaba en Montoro, ocurría en todos los pueblos de la carretera de Andalucía desde Córdoba hasta Santa Elena», ibid., pp. 323-324.

⁶ El tema fue correctamente tratado por nuestra compañera académica, la profesora Ana Padilla, «Iznájar en *Los episodios nacionales* de Don Benito Pérez Galdos», en Joaquín Criado Costa, José Cosano Moyano y Antonio Cruz Casado, coords., *Segundas Jornadas de la Real Academia de Córdoba sobre Iznájar*, Iznájar, Ayuntamiento, 2012, pp. 123-134.

La vuelta al mundo en la Numancia. He aquí un fragmento referido a los efectos en Iznájar de la sublevación campesina organizada por Rafael Pérez del Álamo, en 1861. El protagonista de la novela se llama Diego Ansúrez, marino de profesión.

Apenas enterado de lo que ocurría, Ansúrez no pensó más que en trasladarse a Granada con su familia; pero cuantas diligencias hizo aquella tarde para encontrar caballerías o un carricoche, resultaron inútiles. A la mañana siguiente, se supo que toda la catterva de paisanos armados se encontraba en Iznájar, Aventino andaluz, donde la plebe se organizaría con marcial unidad y compostura para ir sobre Roma. Roma, o sea Loja, era desalojada por los narvaístas, que escapaban medrosos, llevándose cuanto de valor poseían. Con ellos abandonaron la ciudad el Corregidor y las escasas fuerzas de Guardia Civil y Carabineros que allí tenía el Gobierno. De este dijeron los moderados que estaba en connivencia con los insurrectos, y que todo era obra del masonismo, del protestantismo y de la marrullería de O'Donnell y Posada Herrera, en quienes el orden no era más que una máscara hipócrita para engañar al Trono y al Altar. ¿Qué hacían que no mandaban tropas? Esto llegó a ser en don Prisco idea fija. El buen señor terminaba todas sus peroratas, como todos sus rezos, con la devota exclamación de «¡Soldados, soldados!»⁷.

Por último, queremos señalar, como posible huella cordobesa, el nombre del protagonista de las primeras novelas, Gabriel Araceli, cuyo apellido evoca en cualquier lucentino el nombre de la patrona de nuestra ciudad.

⁷ Benito Pérez Galdós, *La vuelta al mundo en la Numancia, Episodios nacionales, Obras completas*, ed. Federico Carlos Sáinz de Robles, op. cit., tomo III, pp. 446-447. Otra referencia a Iznájar y al mismo ambiente de revuelta: «Los insurrectos, reunidos en Iznájar, descendían orillas abajo del Genil, y en orden y aparato de guerra caminaban hacia Loja, de cuyo desamparado recinto se apoderaban, poniendo allí su capital democrática y el asiento de su fuerza civil y militar. Ya eran dueños de Roma; ya ocupaban y guarnecían el alto castillo, que de los moros conserva el nombre de Alcazaba; ya fortificaban los robustos edificios que fueron conventos, y abrían trincheras en todos los puntos indefensos de la ciudad. Considerable número de combatientes, que en totalidad no bajaban de cinco mil, se alojaban en la iglesia Mayor, en San Gabriel, en Jesús Nazareno y en el santuario de la Caridad, donde residía la patrona del pueblo. Como no quitaba lo democrático a lo piadoso, casi todos los prosélitos del temerario Rafael Pérez confiaban en que nuestra Señora de la Caridad les diese la victoria sobre la insufrible tiranía. Contaron a don Diego aquellos vejetes que al huir de Loja los moderados quisieron llevarse a la santa patrona de la ciudad; pero que no les fue posible arrancar la imagen de la peana que desde inmemorial tiempo la sostenía. Ni con palancas ni con ninguna suerte de artificios lograron despegarla. Peana y Virgen pesaban tanto, que ni con cien mil pares de bueyes habrían podido apartarla ni el canto de un duro, señal de que la Señora no quería cuentas con los narvaístas, y protegía resueltamente al democrático albéitar Rafael Pérez», *ibid.*, p. 448.

Creemos que no hay elementos contundentes a la hora de asignar al personaje la identificación apuntada, pero lo que sí es cierto es que la Virgen de Araceli aparece citada en los *Episodios Nacionales* galdosianos, en unión de otras vírgenes hispánicas. Estamos en el fragor de la batalla de Bailén y los soldados invocan a las vírgenes de sus pueblos respectivos. He aquí el fragmento:

Se nos dio orden de avanzar bajando, y una vez en llano, convertimos sobre nuestro flanco, para formar un largo frente de batalla. La infantería francesa estaba delante de nosotros, resguardada por sus coraceros: pero estos observando nuestro movimiento y reconociendo al instante su indudable inferioridad, invadieron precipitadamente la carretera. La retirada era cierta. Se nos formó en columnas, dándonos orden de cargar, y el regimiento se puso rápidamente al galope. Parecía que la misma tierra, sacudiéndose bajo las herraduras de nuestros caballos, nos echaba hacia adelante. Aquellos primeros pasos tras un ideal de gloria, acompañaron voces de guerra mezcladas con piadosas invocaciones.

—¡Madre nuestra, Santa Virgen de Araceli, ven con nosotros!

—¡Viva España, Fernando VII, y la Virgen de la Fuensanta!

Ya nadie pensaba en tener miedo: muy lejos de esto, todos los de mi fila rabiábamos por no estar en las de vanguardia, en aquellas filas dichas que acometían a sablazos a los franceses de a pie, ya pronunciados en completa dispersión⁸.

Otra mención de la misma Virgen luentina se incluye en el mismo episodio, en unión de otras advocaciones marianas piadosas. Habla el maestro, don Paco, que ha perdido en ese momento a don Diego, un niño del que debe cuidar, como ayo suyo que es:

⁸ Id., *Bailén*, op. cit., p. 316. Tampoco están ausentes las referencias a la Virgen del Carmen y a su escapulario. Un personaje, don Diego, da vivas a la Virgen del Carmen y el narrador señala que la batalla tiene lugar el mismo día que se celebra la advocación mariana: «—¡Hoy es día del Carmen! —exclamó D. Diego—. ¡Viva la Virgen del Carmen, y mueran los franceses!

Ruidosas exclamaciones alegraron y conmovieron nuestras filas. Era el 16 de Julio: en este día la Iglesia celebra, además de la advocación del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, fiesta conmemorativa de la gran batalla de las Navas de Tolosa, ganada contra los infieles por castellanos, aragoneses y navarros, en aquellos mismos sitios donde nosotros perseguíamos a los franceses, y en el mismo 16 del mes de Julio. Habían pasado quinientos noventa y seis años. La coincidencia del lugar y la fecha nos inflamaba más, y añadido a nuestro patriotismo una profunda fe religiosa, nos creímos héroes, aunque hasta entonces no habíamos tenido ocasión de probarlo», *ibid.*, p. 317.

—¡Qué miedo, qué pavor! ¡La santa Virgen de Araceli, la de Fuensanta, la del Pilar y la del Tremedal todas juntas nos favorezcan! Las piernas me tiemblan, Gabriel, y si mi señor y discípulo no parece, yo no me atrevo a decírselo a la señora⁹.

En otro lugar del texto se habla del escapulario de la Virgen de Araceli, elemento piadoso que suele ir anejo a la devoción que se tiene habitualmente a la Virgen del Carmen. Dialogan dos personajes en los términos siguientes:

—¿Está usía sereno? —le preguntó Marijuán.

—Tan sereno que no me cambiaría por el emperador Napoleón —repuso el conde—. Yo sé que no me puede pasar nada, porque llevo el escapulario de la Virgen de Araceli que me dieron mis hermanitas, con lo cual dicho se está que me puedo poner delante de un cañón. ¿Y Vd., Sr. De Santorcaz, está sereno?

—¿Yo? —repuso D. Luis con cierta tristeza—. Ya sabe Vd. que he estado en Hollabrünn, en Austerlitz y en Jena.

—Pues entonces...

—Por lo mismo que he estado en tan terribles acciones de guerra, tengo miedo¹⁰.

⁹ Ibid., p. 346.

¹⁰ Ibid., p. 333. Por otra parte, hay que señalar que un escritor lucentino, Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca (1767-1839), participó directamente en la batalla de Bailén, a las órdenes del general Reding, tal como lo señala en su poema «Proclama a los andaluces a poco tiempo de haber conseguido los triunfos de la gloriosa batalla de Bailén, en cuya acción tuve el contento de tener las armas en la mano, a las órdenes del General Reding». Sobre este escritor cf. Antonio Cruz Casado, «Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca: un escritor lucentino entre la Ilustración y el Romanticismo», *I Encuentro de investigadores sobre Lucena*, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 1991, pp. 203-225; Id., «Del origen y milagros de Nuestra Señora de Araceli en un poema épico de Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca», *Angélica. Revista de Literatura*, 2, 1991, pp. 7-58; «Preludio del Romanticismo en Andalucía: la obra lírica inédita de Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca (1767-1839)», *Boletín de la Real Academia de Córdoba (BRAC)* 127, julio-diciembre, 1994, pp. 445-465; Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca [1767-1839], *Efectos del amor propio (Una novela prerromántica inédita, seguida de una selección de poemas igualmente inéditos)*, ed. Antonio Cruz Casado, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 1994, etc. El poema figura en el libro de Francisco A. Linares Lucena, *La Batalla de Bailén en la Literatura Española*, edición del autor, 2019, 2ª edición, pp. 540-544, (interesante y extenso volumen accesible on line), texto tomado de una publicación nuestra: «Un escritor lucentino en la batalla de Bailén (Miguel Álvarez de Sotomayor y Abarca, 1767-1839, y su 'Proclama a los andaluces', c. 1814)», en *Morana. Revista digital de la Asociación Cultural Torre del Moral*, 2, 2007, s.p. [Lucena, on line].

GALDÓS, EL TORERO MACHAQUITO Y SU HIJA RAFAELITA GONZÁLEZ

Existió una gran amistad entre don Benito Pérez Galdós, y las personas de su círculo familiar e íntimo, con el torero cordobés¹¹ Rafael González Madrid, Machaquito, y su familia, especialmente con la hija del mismo, la niña Rafaelita González. Esta amistad nos atrevemos a calificarla de extraordinaria, puesto que el novelista canario no era ni siquiera aficionado a los toros, y el torero cordobés, una figura de los ruedos de finales del siglo XIX y principios del XX, está lejos de ser la de un intelectual, como sí ocurría en algunos otros casos bien conocidos (por ejemplo, en el torero y escritor Ignacio Sánchez Mejías). La aparente disonancia de la amistad entre ambos fue señalada en determinadas situaciones, como hace Blanco Belmonte en el artículo necrológico que dedica al escritor: «Y eran ‘cosas’ de Galdós su aversión a las corridas de toros y su amistad cordial y admirativa hacia el torero Machaquito»¹².

Esto explica que, en el momento de la muerte del escritor, una joven cordobesa, Rafaela González, se encuentre en la casa familiar del finado, como una más de la familia galdosiana, quizás atendiendo como los demás habitantes del hogar madrileño a la gran figura de las letras patrias en su último tránsito. Entre los que rodean al enfermo, en la última fase de su dolencia, la prensa da los nombres de las personas siguientes, casi todas familiares directos y amigos íntimos. Así lo refleja la prensa madrileña del momento, 4 de enero de 1920, de lo que es un ejemplo el diario *El Sol*:

La muerte / Durante la noche fue apagándose la vida del maestro de una manera tan lenta, que apenas pudieron advertirlo quienes le rodeaban; y a las tres y media de la madrugada, cuando de la garganta del enfermo salió un leve grito de angustia, se dieron cuenta de que había llegado el último instante. / Efectivamente, Galdós murió poco después de las tres y media. / En aquellos momentos se hallaban en torno del lecho su hija doña María Pérez Galdós de Verdes, D. Juan Verdes, su secretario don Rafael de Mesa, *doña Rafaela González* [cursiva nuestra], doña Carmen Lobo, el Sr. Hurtado, D. Victoriano Moreno y D.

¹¹ Tiene utilidad para conocer la trayectoria taurina del personaje la enciclopedia dirigida por José María de Cossío, *Los toros. Inventario biográfico*, Madrid, Espasa Calpe, vol. 14, pp. 694-702. Entre la bibliografía reciente acerca de esta importante figura del toreo cordobés, cfr. José Luis Ramón Carrión, «Rafael González Madrid, Machaquito», *Diccionario biográfico español* (consulta on line); Rafael Jordano Salinas, «La tauromaquia, patrimonio cultural. Contribución de Córdoba (Califato taurino)», *BRAC* 165, 2016, pp. 571-578, en el que encontramos una referencia a la amistad de Machaquito y Galdós.

¹² Marcos Rafael Blanco Belmonte, «Cosas de don Benito», *ABC*, 5 de enero 1920, p. 7.

Eusebio Feito, familiar de don Benito e hijo del asistente del general Pérez Galdós¹³.

A esta niña cordobesa había dedicado el escritor una serie de cartas entrañables, en las que le manifestaba un cariño extraordinario y le daba noticia de los animales que tenía en su casa de Santander. He aquí una de estas breves misivas, fechada pocos años antes, el 14 de septiembre de 1916, desde su residencia santanderina:

Querida Rafaelita, alegría de esa casa y de ésta. Desde que fuiste a Madrid, aquí no hay más que tristeza, y un vacío muy grande. Solo en mi despacho, horas y horas, no oigo más que el gemido lastimero de las moscas presas de patas en el papel pegajoso. El buen Tito se pasea de una parte a otra como buscando a la niña, y con el tronquito de rabo que le queda parece preguntarnos dónde has ido... *Rinconete y Cortadillo* andan solitos por la huerta [se trata de dos pequeños patos], desde el amanecer del día hasta la noche, y han crecido tanto que parecen dos bueyes, que merecen ser uncidos a un carro.

Yo iré pronto; pero aún no puedo fijar día. [...]. No te escribo más hoy, porque mis ojos malditos no me dejan...
Sabes cuánto te quiere

Don Benito¹⁴

Otra carta anterior a esa fecha, misiva deliciosa, como escrita a una niña de poca edad (unos cinco años, según algún crítico¹⁵), nos hace patente el gran cariño que siempre tuvo el novelista por Rafaelita; está fechada en Santander el 16 de septiembre de 1907:

Ingrata y adorada Rafaelita:

¡Muy bien está eso: muy bien! Ni siquiera memorias me has mandado.

¹³ *El Sol*, 4 de enero de 1920, p. 2. Sobre el fallecimiento del escritor cfr. Pablo Beltrán de Heredia, «España en la muerte de Galdós», en Douglass M. Rogers, ed., *Benito Pérez Galdós*, Madrid, Taurus, 1973, p. 91 y ss.

¹⁴ Apud Carmen Bravo Villasante, *Galdós visto por sí mismo*, Madrid, Magisterio Español, 1970, p. 251. También reproducida en Benito Pérez Galdós, *Correspondencia*, ed. Alan S. Smith, María Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask, Madrid, Cátedra, 2016, p. 950. Sobre el personaje de la niña Rafaelita González es interesante la tesis de Yuqi Wang, *La infancia y la adolescencia en la obra de Pérez Galdós*, Madrid, Universidad Complutense, 2017, especialmente pp. 62-67 (consultable on line).

¹⁵ «Y se conservaba no hace mucho una carta escrita por Galdós en Santander, desde su finca de 'San Quintín' y dirigida a Rafaelita que estaba con todos sus preciosos cinco años en Madrid. Fechada el '16 de septiembre 1907' comienza así: 'Ingrata [...]», William H. Shoemaker, *Los prólogos de Galdós*, Illinois, University of Illinois Press, 1962, p. 35.

Yo queriéndote y adorándote y pensando siempre en ti y tú... si te he visto no me acuerdo... ¡Muy bien! ¡Muy bien! Ya me las pagarás cuando vuelvas.

Esto está cada día más bonito. Hay fresas, higos, melones. Fastídate...

¿Y qué me dices de Madrid? ¿Pasan muchos barcos por Campoamor?

Quintina y la Chiva se acuerdan de ti, y ellos como el amigo *Don Napoleón* o *don Pablo* te mandan memorias; las palomas te mandan sus picotazos... En fin, que te diviertas mucho.

Memorias a Mademoiselle [la institutriz de la niña en Madrid], y a Filo [el perro de Galdós]; y al Galilardo de tu padrino [el sobrino de Galdós, José Hurtado de Mendoza] le dices que me escriba.

Estrella refulgente, preciosidad del mundo te manda muchos besos tu amantísimo

Don Benito¹⁶

Una carta más, de fecha indeterminada, pero situada también en los años de la niñez de Rafaelita, está llena de referencias a los animales de la casa santanderina e incide en ese cariño extraordinario que le profesaba Galdós:

Para Rafaelita. La cabra de casa, que es la misma del año pasado, negra, gorda, mocha y con una faja blanca en mitad del cuerpo, tiene este año una chivita, que es el animal más precioso que Dios ha echado al mundo. Es lo mismo que una gacela, coloradita, con pintas blancas, y tan graciosa y pizpireta, que da gusto verla. Ayer, día del patrón de España, la bautizamos Rubén y yo en las aguas del Jordán del aljibe de abajo, imponiéndola, conforme al ritual, los nombres de Dolly, Rafaela, Jacoba (este nombre por el santo del día). *Celito* se ha hecho un perro muy procaz; se ocupa en cuidar las gallinas, impidiendo que los pollos salten las vallas y manteniendo el orden perfecto en la república de palomas y gallinas. Tenemos actualmente nueve nidos de golondrinas. Las crías de la primera empolladura ya andan volando. Por la mañana dan un concierto en los aires¹⁷.

¹⁶ Benito Pérez Galdós, *Correspondencia*, ed. Alan S. Smith, María Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask, op. cit., p. 642.

¹⁷ Está incluida en una entrevista tardía realizada a Rafaelita ya casada (con el médico José Lobo Rodríguez) y viviendo en el chalet madrileño que ocupara en otro tiempo Galdós; cfr. Emilio Fomet, «La casa en que convivieron Galdós y Machaquito», *Es-tampa*, 29 de abril de 1933, p. 16. La carta está reproducida también en la tesis citada de Yuqi Wang, *La infancia y la adolescencia en la obra de Pérez Galdós*, op. cit., pp. 65-66.

Pero la relación entre Galdós y Machaquito hay que situarla en un momento previo, muy anterior a estas cartas y bastante lejano al de la muerte, incluso se puede retrotraer esa amistad hacia finales del siglo XIX, cuando el escritor conoce, casi por casualidad, a una pareja de maletillas cordobeses que ensayaban por entonces, en las plazas que podían, los comienzos de una carrera taurina que, en el caso de Machaquito, se consideraba fulgurante. He aquí como cuenta lo sucedido un personaje tan relevante en el panorama cultural español como Margarita Nelken:

Y, a propósito de «Machaquito», la estrecha amistad con este (tan estrecha que don Benito se hizo cargo de la hija del torero) tuvo su inicio en un episodio que pone al descubierto la exquisita sensibilidad de Pérez Galdós. El que había de llegar a ser uno de los más renombrados toreros de su época, por entonces era todavía un oscuro novillero. Aquel domingo, en la plaza de Santander, el santo se le había vuelto de espaldas, y el fracaso de la tarde prolongábase inmisericordiosamente, por una muchedumbre que le seguía insultando, a boca llena, frente a los balcones de su modestísima casa de huéspedes.

Don Benito y Hurtado [se trata del sobrino de Galdós] acertaron a pasar por allí en el momento álgido de los improperios. «¡Pobre chico! —dijo don Benito— vamos a intentar consolarle». Y ambos sin pensarlo más, abriéronse paso entre el gentío vociferante y subieron la empinada escalera de la pensión, en donde permanecieron un rato, dirigiéndole, al novillerito de la mala tarde, unas frases de buen augurio para el porvenir. Ni siquiera se dieron a conocer. «Machaquito»; o, mejor dicho, el futuro «Machaquito», hallábase demasiado acongojado para pensar en preguntar quiénes eran esos dos señores.

A la vuelta de unos años —«Machaquito» era ya «Machaquito»— el torero se encontró un día, en Madrid, en la calle, con Hurtado: «¿Usted es uno de aquellos dos señores que aquel mal día, en Santander, subieron a mi cuarto, a darme ánimos? ¡Poco que me alegro de poder darle a usted las gracias! Pero quisiera ir a dáselas también al que iba con usted». Y así empezó una amistad que había de durar toda la vida de don Benito, y que tuvo perfiles tan delicados como el de las cartas que «Machaquito», de joven, le escribía a don Benito, y que don Benito le devolvía corregidas de su puño y letra, para que el torero, que no había podido instruirse fuera aprendiendo a escribir con sintaxis y con ortografía¹⁸.

¹⁸ María de los Ángeles Rodríguez Sánchez, «Presencia y evocación de Galdós por Margarita Nelken», *Anales Galdosianos*, 38-39, 2003-2004, p. 161.

Esta relación afectuosa, tan delicada en sus inicios, explica también que el novelista fuese testigo de la boda de Machaquito con Ángeles Clementson, acto que tuvo lugar en Cartagena, del que dan amplia noticia, con fotos incluidas¹⁹, los periódicos del momento y la crítica posterior.

Algunas cartas de Galdós dan noticia del viaje y del asunto. Así lo comenta brevemente a su amigo Alberto Sevilla, con fecha 31 de octubre de 1906:

Mi querido amigo: *Dios mediante*, mañana 1º de noviembre día de Todos los Santos, saldré de aquí con Victoriano para Cartagena. Ya sabrá V. que voy a la boda de Machaquito²⁰.

También sabemos que el torero se preocupa del amigo escritor cuando tiene problemas de salud; por ejemplo, cuando empieza a perder la vista (queda ciego en 1913), como recuerda un artículo poco conocido de Antonio Machado:

Han referido los periódicos que Rafael González Machaquito, el gran torero cordobés como le llama la «afición», fue a casa de Galdós a rendirle tributo admirativo, al mismo tiempo que a enterarse del resultado de la operación practicada en los ojos por el doctor Márquez. / Y han contado que Machaquito entró muy quedo en la habitación de Galdós y que enterado éste de la presencia del torero, dijo: «¿Eres tú, Rafael?». Y que Rafael con-

¹⁹ Por ejemplo, el reportaje «De España. La boda de Machaquito», *Caras y Caretas* (Buenos Aires), 8 de diciembre de 1906, con fotos en las que aparecen los novios y también Galdós y Rodrigo Soriano, que fueron testigos de la boda.

²⁰ Apud Brian J. Dendle, *Galdós y Murcia: epistolario de Benito Pérez Galdós y Alberto Sevilla Pérez*, Murcia, Universidad, 1987, p. 51. Al hilo de la relación de Galdós con Murcia, este crítico también ofrece algunas noticias interesantes con respecto al torero cordobés: «El próximo viaje de Galdós a Murcia y a Cartagena fue en tren en la noche del 1 de noviembre de 1906. Pasó el viernes 2 de noviembre con Alberto Sevilla en Murcia, antes de continuar su viaje a Cartagena, donde él y Rodrigo Soriano actuaron como testigos en la boda, el domingo 4 de noviembre, del matador cordobés Machaquito (Rafael González) con Ángeles Clementson. Galdós pasó el día lunes 5 de noviembre en Murcia, visitando las esculturas de Salzillo, las cuales ya había conocido en visita anterior, para mostrarlas a su sobrino José Hurtado de Mendoza», *ibid.* p. 21; «La noticia de la tercera visita [de Galdós a Murcia], de noviembre de 1906, para la boda de Machaquito es interesantísima, dándonos un indicio para interpretar un episodio hasta ahora oscuro de *La primera república*; en esta novela, Tito Liviano hace un viaje subterráneo de Madrid a Cartagena, durante la cual tiene una visión de toros enormes, incidente explicado en la novela (pp. 219-220) por accidente en la vía; sin duda, el viaje nocturno de Galdós desde Madrid a Murcia, con el ambiente de oscuridad y sueño, debió inspirar esta sección de la novela» *ibid.*, p. 31; «Alberto Sevilla siguió mandando después de la muerte de Galdós regalos de fruta a la familia de éste y recibió con regularidad noticias de ella, como, por ejemplo, el informe de la boda de Rafaelita (la hija de Machaquito y ahijada de Hurtado de Mendoza) en 1926», *ibid.*, p. 28.

testó: «Sí, don Benito, yo soy». Después besó Machaco la mano del insigne autor de los Episodios nacionales. / Este rasgo del torero en su admiración por el operado, aunque nada tiene en sí de particular, toda vez que el torero ha hecho lo que otros muchos mortales, es, no obstante, muy encomiable²¹.

Esta preocupación del torero por don Benito, en ésta y en otras ocasiones similares, tiene su justa reciprocidad en el aprecio que manifiesta el escritor en algunos lugares de sus escritos, como constatamos en el prólogo a una biografía dedicada al diestro cordobés. Tras disculparse por su escasez de conocimientos y de afición al mundo de los toros, comenta con relación al ya consagrado maestro:

Debo hablar de Rafael, considerándolo en el aspecto amistoso, pues con su trato me honro. Por él, afable, cortés, caballeroso y modesto, sé que el torero no es, por regla general, fuera de la plaza, lo que tantos imaginan rindiendo culto a una leyenda superficial y mentirosa. Y a fe que tengo por felicísimo hallazgo el de un hombre como Machaquito, de alma ingenua y corazón grande²².

Añade que debe abandonar pronto el peligroso mundo de los toros:

Sirvan [estas líneas] para expresar a Rafaelito mi ferviente afán de que abandone pronto los terribles riesgos de su peligrosísima profesión, dando con ello tranquilidad a su familia y a los que, cual yo, sienten por él amistad sincera y profunda²³.

Como sabemos, poco tiempo después, en 1913, Machaquito abandona el espectáculo taurino y se corta la coleta²⁴, no sabemos si un tanto influido por los consejos de su amigo novelista. Por eso, cuando fallece Galdós, Machaquito no podía faltar en el entierro, a pesar de que se encontraba lejos de Madrid, en Córdoba, de lo que dan fe diversas noticias de la prensa del momento²⁵. La amistad entre ambas familias, la de Galdós y la de Machaquito, continúa durante mucho tiempo tras la muerte del escritor.

²¹ Antonio Machado, «La admiración de algunos toreros», *Escritos dispersos (1893-1936)*, ed. Jordi Doménech, Barcelona, Octaedro, 2009, p. 169. El editor de esta recopilación de artículos anota con relación al torero y a su hija: «Pérez Galdós ahijó a Rafaelita, hija natural de Machaquito, la cual vivió en su casa de Madrid durante más de diez años y a la que quiso como a una hija; fue también padrino de boda del torero en 1906», *ibid.*

²² Benito Pérez Galdós, «Prólogo», a Fernando Gillis (Claridades), *El torero de la emoción. Rafael González (Machaquito)*, Madrid, Renacimiento, 1912, s. p. Agradezco a mi amigo Luis Fernando Palma Robles la fotocopia del prólogo de este libro ya difícil de conseguir.

²³ *Ibid.*

²⁴ «Despedida silenciosa. La retirada de Machaquito», *ABC*, 22 de octubre de 1913, p. 11 y ss.

²⁵ Cfr., entre otros, *El Heraldo de Madrid*, 5 de enero de 1920, p. 4, que cita, entre los amigos de Galdós, «al popularísimo Rafael González, Machaquito».

GALDÓS Y LOS ESCRITORES CORDOBESES

Si Córdoba no ha tenido la suerte de que el gran novelista le dedique un episodio completo, como sucede con las ciudades de Cádiz, Zaragoza o Gerona, constatamos también la relación de Galdós con escritores cordobeses que habitualmente residían en Madrid. Una simple referencia de algunos de ellos nos permite calibrar que las relaciones del patriarca de las letras españolas con los periodistas y escritores cordobeses es relativamente amplia y abarca un arco temporal igualmente extenso. Sin posibilidad, en estos momentos, de presentar de manera detallada la relación que tuvo con todos, nos limitaremos a señalar que, entre ellos se encuentran Juan Valera, Marcos Rafael Blanco Belmonte²⁶, Francisco de Paula Canalejas Casas²⁷, Francisco de Asís Pacheco Montoro²⁸, Manuel Reina²⁹, José de Siles³⁰,

²⁶ Se le debe al cordobés Marcos Rafael Blanco Belmonte algunos artículos como el titulado «Cosas de don Benito», *ABC*, 5 de enero 1920, p. 7, ya citado, escrito a raíz de la muerte del escritor, en el que se hace eco de la amistad entre Machaquito y Galdós, a la que ya hemos hecho referencia, y escribe al respecto: «Y eran 'cosas' de Galdós su aversión a las corridas de toros y su amistad cordial y admirativa hacia el torero Machaquito», etc.

²⁷ El lucentino Francisco de Paula Canalejas Casas fue profesor de Galdós en la Universidad Central de Madrid; el escritor lo menciona en varios lugares de sus episodios nacionales. Julio Burell, tan bien enterado de la vida madrileña, le dedica unos párrafos en un artículo de 1891: «Ese caballero que usa gafas azules es D. Francisco de Paula Canalejas, profesor ilustre, académico, autor de una obra fundamental sobre *Principios generales de Literatura*; los dos jóvenes que le acompañan son: el de la barba negra, Pepe Canalejas, sobrino de D. Francisco, su antiguo suplente en la cátedra, cuando apenas contaba dieciocho años, y hoy, de entre los jóvenes, el orador que con Revilla y González Serrano es más escuchado, y de quien se augura mejor en el Ateneo [es José Canalejas, futuro presidente del gobierno, que murió asesinado en 1912 por el terrorista Manuel Pardiñas]; el otro, que apenas tiene un escrúpulo de barba rubia, se llama Emilio Reus; fue doctor a los catorce años, ha escrito dos libros y varios dramas, es novio de Anita Canalejas, a quien D. Ramón Campoamor acaba de dedicar su poema *La lira rota*; habla muy bien, sabe de muchas cosas, es rico por su casa...», Julio Burell, «El Ateneo de Madrid», *El Heraldo de Madrid*, 11 de noviembre de 1891, p. 1. Hemos publicado algunos estudios sobre este interesante intelectual lucentino, afincado en Madrid.

²⁸ Se trata de un periodista lucentino bastante olvidado en la actualidad; sabemos que publicó algunos artículos sobre Galdós: «Doña Perfecta» [1876], *El Imparcial*, 10 de julio de 1878; Id., «Gloria» [1876-1877], *El Imparcial*, 26 de febrero de 1877, etc.

²⁹ Con relación a este importante poeta de Puente Genil, hay que señalar que dedicó a Galdós un monográfico en la revista que Reina dirigía en Madrid: *La Diana. Revista quincenal de política, literatura, ciencias y artes*, 5, 1 de abril de 1883; son 16 páginas de estudios y artículos sobre el novelista canario junto a una selección de sus textos. Se conservan además varias cartas de Reina a Galdós, editadas ahora en el completo libro de Santiago Reina López, *Manuel Reina: Catalogación completa de su obra. Análisis de su poesía en el tránsito del Modernismo*, Córdoba, Diputación Provincial, 2005, pp. 1241-1245.

³⁰ Se trata de otro periodista, igualmente olvidado, de Puente Genil; José de Siles escribe algunos artículos sobre Galdós, entre los que están «Crónica» (*Lo prohibido*), *La*

Julio Burell³¹, Cristóbal de Castro³², José María Carretero, El Carretero Audaz, entre otros. Nos ocuparemos de algunos de los últimos citados.

CRISTÓBAL DE CASTRO

Singular importancia adquiere, en el contexto de las relaciones literarias del periodista y escritor Cristóbal de Castro, la correspondencia que mantiene el escritor iznajeño con el patriarca de las letras españolas, don Benito Pérez Galdós. Son varias las cartas que se han conservado de Castro a Galdós, y también hay algunas de respuesta del novelista canario a nuestro escritor. Las epístolas, algunas todavía inéditas y otras pendientes de publicación³³, abarcan un arco temporal de varios años y, entre las misivas fechadas, se incluyen cartas que van desde 1907 a 1915. (Recordemos, de paso, que Galdós fallecería algunos años después, concretamente el día 4 de enero de 1920³⁴).

Son variados los núcleos de interés de estas cartas, centrados fundamentalmente en la petición de diversos prólogos a Galdós, alguno de ellos de forma perentoria y angustiada; la solicitud de localidades para asistir a una función de teatro, cuando se estrenó una obra de don Benito, así como la oferta por parte de nuestro autor de enviarle entradas para una representación de *Gerineldo*, la pieza teatral más conocida de Castro; la presentación de algunos escritores y editores y el ofrecimiento de venta de algunos volúmenes de la obra *Rusia por dentro*, en un momento en el que Castro se encontraba acuciado por urgentes problemas económicos son otras cuestiones que se desprenden de la correspondencia personal de estos escritores.

En fecha indeterminada, quizás en abril de 1907, Castro escribe al popular novelista:

Época, 11 de mayo de 1885, y «Fortunata y Jacinta», *La Época*, 4 de agosto de 1887, etc.

³¹ Julio Burell recurre a los personajes galdosianos de *Realidad*, novela y drama, para escribir su artículo más famoso, «Jesucristo en Fornos»; sobre esta cuestión, cfr. Antonio Cruz Casado, «En el centenario de Julio Burell y Cuéllar (Iznájar, 1859-Madrid, 1919): perfil y huella», *BRAC*, 168, 2019, pp. 537-584. Burell publica, además, varios comentarios en torno a las obras de Galdós, como «La novela en el teatro: *Realidad* de Pérez Galdós», *El Día*, 13 de enero de 1892; «Mendizábal», *El Heraldo de Madrid*, 20 de noviembre de 1898, etc.

³² Además de la relación epistolar que analizamos a continuación, a Castro se le deben algunos artículos sobre Galdós, como «De *Chantecler* a *Cassandra*», *El Heraldo*, 26 de febrero de 1910; «Un patriarca. El monumento a Galdós», *Nuevo Mundo*, 1 de marzo de 1918, etc.

³³ Agradezco la amable atención de Doña Rosa María Quintana, Directora de la Casa-Museo Pérez Galdós, de las Palmas de Gran Canaria, al enviarme las noticias sobre el curioso epistolario Galdós-Castro, que tengo en cuenta en lo que se indica a continuación.

³⁴ Cfr. Pablo Beltrán de Heredia, «España en la muerte de Galdós», en Douglass M. Rogers, ed., *Benito Pérez Galdós*, Madrid, Taurus, 1973, p. 91.

Querido don Benito: Está imprimiéndose mi libro *Los señores diputados*, 400 semblanzas satíricas, las más picantes, las menos encomiásticas, intencionadas todas, y todas, está claro, en el verbo cortés y fácil del Bachiller Canta-Claro [se trata de un seudónimo de Cristóbal de Castro]. El Bachiller, pues, espera que usted le tenga preparadas mañana cuatro o cinco cuartillas de paternal y alegre benevolencia, las cuales servirán de prólogo; y mañana, en todo el día, irá por ellas, puesto que el libro sólo espera eso para salir.

Si algún escrúpulo asaltara a usted aún sobre el apadrinar un libro de sátiras, deséchelo; lo cierto es que me burlo de todos, pero con el decoro consiguiente. Iré por esas cuartillas y sin excusa ni pretexto se las tendrá usted bajo sobre, el más entusiasta de sus discípulos, que le abraza

Cristóbal de Castro³⁵

El novelista responde, con fecha del 10 de mayo de 1907:

Mi querido Castro: es Vd. el mismo demonio. ¿Cómo se le ocurre acudir a mí con tales apremios, sabiendo que hacer un prólogo por corto que sea no es coser y cantar?

Sepa Vd., mi querido amigo, que estoy en las fatigas de la terminación de esta maldita obra, *La de los tristes destinos*³⁶, y que por más esfuerzos que hago no consigo soltar de mí la criatura. El cañón acaba de anunciar el parto de la Reina. El parto mío, ¿cuándo podré anunciarlo?

En fin, si Vd. no puede esperar dos o tres días, que salga su obra sin mi prologuito, que ninguna falta le hace.

Estoy medio loco o loco entero con el final de este lío de los Episodios.

Hoy es de todo punto [imposible] complacerle; mañana también. El domingo quizás, el lunes estará mi cabeza en mejor disposición.

Procuraré ver a usted esta tarde o mañana para reiterarle verbalmente estas explicaciones.

Siempre su invariable amigo y compañero³⁷.

³⁵ Esta misiva, junto con otras sobre la misma cuestión, fueron publicadas, hace ya mucho tiempo, en 1981, en un trabajo de título bastante opaco, por Sebastián de la Nuez, «Historia y testimonio epistolar de unas zarzuelas basadas en obras de Pérez Galdós», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 27, 1981, pp. 487-555; la correspondencia entre Castro y Galdós a partir de la p. 542, al final se incluye también el poema de Castro a Galdós.

³⁶ La novela lleva la fecha de «enero-mayo 1907», cfr. Ricardo Gullón, *Galdós, novelista moderno*, Madrid, Gredos, 1973, p. 354.

³⁷ Benito Pérez Galdós, *Correspondencia*, ed. Alan S. Smith, María Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask, op. cit., pp. 601-602.

En carta sin fecha, quizás algo posterior al 10 de mayo de 1907 señalado y como probable respuesta a la anterior, escribe Castro a Galdós con notoria exigencia:

Mi querido don Benito: Todo lo que Vd. quiera menos dejar de *prologarme*. La obra está anunciada con el Prólogo, lo sabe media humanidad y antes me aspan que salir sin él.

Un día, dos, tres, esperaré, ya que Vd. me lo dice; pero el *lunes, sin falta*, don Benito de mi vida, voy a su casa por el prólogo.

A fin de hacer a Vd. *parir* más pronto recibirá Vd. en todo el *día del sábado* las pruebas. Yo quiero sólo unas cuartillas, para seis u ocho páginas *lo más*. Claro es que si hubiere más, miel sobre hojuelas.

En fin, mi queridísimo *Emplazado*, mañana, sábado, irán las pruebas, y el lunes, definitivamente, iré yo por el prólogo. [Las cursivas indican subrayados del autor, al igual que en los fragmentos siguientes].

Sin embargo, aunque dilata la entrega, Galdós no le niega el texto, sino que le indica que se lo tendrá preparado en los días inmediatos: «el lunes —concluye— estará mi cabeza en mejor disposición». En una breve nota, del 18 de mayo del mismo año, Galdós le indica: «Sr. Castro: al fin acabé de parir... ¡Cuántos dolores me ha costado! Mándeme pruebas de todo el prólogo». Otra nota, igualmente breve y sin fecha, parece ser respuesta de Castro a la precedente. En ella indica: «Querido don Benito: ¡Ahí van las pruebas, corregidas ya! ¡Por Dios y por los santos, téngame Vd. el prólogo mañana lunes, pues, ese día, muy temprano (de once a doce) iré por él!».

Hay dos peticiones de prólogo más en la correspondencia; una del 6 de noviembre de 1909, en la que escribe: «Está ya listo el libro sobre Ferrer y el editor de París esperando el prólogo. Es de una urgencia inaplazable el enviárselo de aquí a pasado mañana y yo espero que, teniendo esto en cuenta, haga Vd. un esfuerzo y me envíe las cuartillas prometidas lo antes posible».

La familiaridad con Galdós pudo ser un hecho efectivo, si tenemos en cuenta la petición de entradas que le hace para su familia, así como el ofrecimiento de otras localidades para ver una obra de Castro. De esta forma escribe, hacia 1914, fecha del estreno de *Alceste*, de Galdós:

Mi familia quiere ver *Alceste*, y como yo no tengo relaciones con la Princesa [Se refiere al Teatro de la Princesa, donde se estrenó la obra³⁸] y usted tan amablemente me brindó localidades para sus obras, le agradeceré que me envíe un palco, platea o entresuelo, para esta noche, sábado, o para otro día, no siendo ni domingo, ni de noche, que los detesto.

³⁸ La obra se estrenó en el teatro mencionado el día 21 de abril de 1914, cfr. Stanley Finkenthal, *El teatro de Galdós*, Madrid, Fundamentos, 1980, p. 167.

Por su parte, Castro, algunos años antes, según se desprende de una nota, le había ofrecido entradas para la representación de *Gerineldo*, que se había estrenado en el Teatro Español la noche del 13 de noviembre de 1909, por la compañía Tubau-Palencia: «Como tengo que hablar con Vd. largo y tendido le envío solamente cuatro renglones y un abrazo por su paternal felicitación a *Gerineldo*. Dentro de unos días volverá a los carteles y entonces, un domingo por la tarde, iremos por Vd. para llevarlo al Español».

También actúa Castro como presentador de escritores más o menos noveles, ante el novelista consagrado, tal como hace con Prudencio Iglesias Hermida, Emilio Ferraz Revenga o el editor José de Urquía. Este último dato resulta especialmente interesante, puesto que Urquía es el director de la luego famosa colección *La novela corta*, cuyo primer número está ocupado precisamente por una obra de Galdós, *Sor Simona*, pieza teatral estrenada el día 1 de diciembre de 1915; según la carta de presentación, fechada el 4 de noviembre de 1915, esta colección se iba a llamar primero *El cuento español*, y vio la luz, con la obra mencionada, el día 15 de enero de 1916³⁹. La breve carta, escrita a máquina, dice así:

Mi querido don Benito: tengo el gusto de presentarle al dador de esta carta, don José de Urquía, Director de «EL CUENTO ESPAÑOL», quien desea de usted un original para dicha publicación, próxima a salir.

Las circunstancias en que el Sr. Urquía emprende esta obra y sus condiciones de actividad y entusiasmo me mueven a rogar a usted que haga todo lo posible por complacer al Sr. Urquía en sus deseos.

De acuerdo con lo expuesto, uno de los proyectos editoriales más interesantes y duraderos de la época, que alcanzó casi los 500 números y en los que colaboró con cierta asiduidad Cristóbal de Castro, estuvo apoyado desde el principio por nuestro escritor. Precisamente el número 5 de la colección es la novela de Castro, *Pluma al viento*.

En el mismo epistolario se traslucen también los apuros económicos del iznajeño, tal como se desprende de esta carta, que puede fecharse quizás hacia 1905 y que se comenta por sí sola:

Mi querido don Benito: Los gastos de elección me tienen de cabeza y estoy acudiendo a cuantos medios son posibles.

Mi libro *Rusia por dentro*, aunque se vendió bien, aún no está colocado del todo; me quedan 2000 ejemplares y por haberme disgustado con los editores, Juberahermanos, se los ofrecí a Her-

³⁹ Cfr. Louis Urrutia, «Les collections populaires de romans et nouvelles (1907-1936)», en *L'infra-littérature en Espagnaux XIX^e et XX^e siècles. Du roman feuille tonau romancero de la guerre d'Espagne*, Grenoble, Presses Universitaires, 1977, p. 146.

nando, hace ya tiempo. Páez dijo que los aceptaría y si a su compañero le gustaba la operación, se quedaría con todos.

Después no volví yo y hoy, que me encuentro apuradísimo, acudo a Vd. para que me envíe una carta *eficaz* para la casa Hernando. El libro que, aún sigue vendiéndose, tiene un precio de 3'50; yo les doy los 2000 ejemplares en sólo *mil pesetas*; de consiguiente puede ser negocio para ellos y para mí. Espero que me envíe esa carta *eficaz* cuanto antes.

Esta curiosa correspondencia con Galdós nos indica que la obra de Cristóbal de Castro gozó de cierta aceptación entre sus contemporáneos, aunque en la actualidad se le hace algún reparo incluso sin conocerlo adecuadamente⁴⁰.

En el prólogo «de amigo» que consigue el escritor iznajeño del gran novelista canario, encontramos algunas apreciaciones positivas, como las siguientes:

Con los señores [diputados] de este modo traídos a legislar bromea el *Bachiller* en fáciles versos; uno tras otro, siguiendo el orden alfabético, son retratados a la manera humorística; los más, brevemente con el trazo fugaz y punzante del epigrama; en algunos se detiene y encariña, describiendo con más largo dibujo la figura del prócer político, o del que más fatigas causa con sus hechos y sus dichos a la opinión. En todos resplandece la fina y regocijada burla, sin más hiel que la necesaria para sazonar estos sabrosos bocadillos. Ha tenido el poeta un singular acierto al parodiar a *Los Señores Diputados* con la imitación burlesca de los versos más populares de nuestra literatura clásica⁴¹.

⁴⁰ Tal es el caso de Zamora Vicente, que escribe: «Los rasgos de esa lengua creo haberlos puesto en aproximado orden (necesitan ser ampliados copiosamente, y en ello trabajo) en mi *Realidad esperpéntica*. La ampliación testimonial matizada habrá de llevarse adelante, analizando cuidadosamente la lengua usada por la mayor parte de la poetambre. Muchos casos serán quizá deleznable (López Silva, Andión, Camino Nessi, Cristóbal de Castro, Catarineu, Fernández Grilo, Goy de Silva, etc.), pero en todos habrá algo que destacar: todos hablan la lengua de su tiempo», Alonso Zamora Vicente, «Nuevas precisiones sobre *Luces de Bohemia*», en Pedro M. Piñero y Rogelio Reyes, eds., *Bohemia y Literatura. De Bécquer al Modernismo*, Sevilla, Universidad, 1993, p. 25.

⁴¹ El Bachiller Canta Claro [Cristóbal de Castro], *Los señores diputados. 400 semblanzas en verso con un prólogo de Galdós*, Madrid, Ambrosio Pérez y Compañía, 1907, p. 12. Entre las composiciones que integran el volumen hay imitaciones de Góngora y de Rubén Darío, expresamente señaladas, como recuerda don Benito en el prólogo. Como se indica al final, Castro pensaba dedicar libros como éste a los senadores, los toreros, los cómicos, las mujeres de teatro, los militares, la aristocracia, los escritores y los «sportsmen» [sic], tarea que no prosiguió, por fortuna, decimos nosotros, puesto que el libro de los diputados, salvo algunos aciertos, como el poema de Galdós, debe figurar entre lo menos valioso que nos dejó el poeta iznajeño.

Por otra parte, en agradecimiento al prólogo que Galdós escribió para su libro de poesía satírica, Castro le dedica el poema más significativo y extenso del volumen, con numerosos elogios intercalados a lo largo del mismo, como podemos comprobar en una simple lectura:

Pérez Galdós (Benito)⁴²

(Imitación de Gonzalo de Berceo)⁴³

En el nombre de España, de redención ansiosa,
y de los españoles de stirpe más gloriosa,
y de las juventudes que amamantó su prosa,
de un escritor gigante quiero hacer una glosa.
Quiero hacer una glosa del hombre peregrino
que, en su fecundo encierro, laico benedictino,
lejos de vanidades, sigue, firme, el camino
de coronar a España con el laurel divino.

⁴² Ibid., pp. 87-88. No existe separación entre las estrofas que componen el poema, nosotros hemos agrupado los versos en cuadermas vías, como es usual en este metro, y como hace también Sebastián de la Nuez, «Historia y testimonio epistolar de unas zarzuelas basadas en obras de Pérez Galdós», *Anuario de Estudios Atlánticos*, op. cit. El libro está compuesto por poemas de variada extensión, por lo general breves; cada uno de ellos está dedicado a un diputado de las cortes de ese momento, el volumen presenta un orden alfabético, de acuerdo con el apellido del personaje en cuestión. Aunque las composiciones tienen una intención satírica, más bien irónica, el resultado es de escaso valor, a nuestro entender, aunque en su momento, conociendo a los diputados, pudiera tener cierta gracia. Recordemos el que dedica a Burell, amigo y protector de Castro y sus hermanos, como hemos señalado en otras ocasiones: «Maestro: en gentil talante / y entre vacuos sempiternos / descendiste a los Infernos / como Dante. / Tu Virgilio, entre esa espuma / de cerveza verborosa, / es tu elocuencia sin bruma, / y tu Beatriz es tu pluma / primorosa». Para la identificación de estos políticos españoles de principios de siglo, resulta útil el volumen de Modesto Sánchez de los Santos, *Las Cortes Españolas. Las de 1907*, Madrid, Antonio Marzo, 1908; también aquí el tratamiento de Pérez Galdós es especialmente extenso y elogioso, *ibid.*, pp. 373-375; para Burell, *ibid.*, pp. 333-334.

⁴³ El modelo de Berceo que sigue en estos primeros versos es el comienzo de la *Vida de Santo Domingo de Silos*, cuyos versos iniciales dicen así:

En el nomne del Padre que fizo toda cosa,
e de Don Jesu Cristo, fijode la Gloriosa,
et del Spiritu Sancto, que egualdellos posa,
de un confessor sancto quiero fer una prosa.

Quiero fer una prosa en román paladino
en cual suele el pueblo hablar con sovezino;
ca non so tan letrado por fer otro latino.
Bien valdrá, commo creo, un vaso de bon vino.

Gonzalo de Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos*, ed. Teresa Labarta de Chaves, Madrid, Castalia, 1973, p. 59.

Es en el agitarse de un pueblo encadenado.
Es en el decidirse de un hombre trabajado.
Es en el gabinete tranquilo y apartado
*lugar codiciadero para omne muy cansado*⁴⁴.

Llega hasta allí del pueblo la crepitante ola.
Es un clamor de angustia con una nota sola.
¡Es el terrible grito que dio Savonarola!
¡Es el clamor que lanza la víctima española!...

Pasa por este hombre, de condición tan fría,
un estremecimiento de fiera rebeldía.
¡Arde su cara, roja, al sol del Mediodía!
Un retemblar de siglos su pluma estremecía.

Toda la Historia nuestra de reyes confesores,
toda la grey de crueles, negros inquisidores,
todo el chisporroteo de leños quemadores,
todo el sonar de *Kíries*, de ayes desgarradores;

toda la negra España, sierva de clerecía;
todo lo acorralado por la feroz jauría.
¡La vieja e industriosa y errante judería!
¡La nueva y generosa bohemia rebeldía!

Todo fue conjurado por su justicia fiera.
Todo, en sus *Episodios*, fue de hora justiciera.
¡Todo lo llevó a Europa, para que Europa viera
este penacho negro sobre nuestra cimera!...

En el nombre de España, de redención ansiosa,
y de las juventudes que amamantó su prosa,
de un escritor gigante queda ya hecha la glosa.
¡Yo saludo al maestro de la labor gloriosa!

⁴⁴ En esta ocasión, la cita, casi textual, remite al prólogo de los *Milagros de Nuestra Señora*, concretamente a la segunda cuaderna vía:

Yo maestro Gonçalvo	de Verceo nomnado,
yendo en romería	caecí en un prado,
verde e bien sencido,	de flores bien poblado,
logar cobdiciaduo	pora homne cansado.

Gonzalo de Berceo, *Milagros de Nuestra Señora*, ed. Vicente Beltrán, Barcelona, Planeta, 1983, p. 3.

EL CABALLERO AUDAZ

Tal como hemos señalado en otras ocasiones⁴⁵, El Caballero Audaz, un periodista montillano de comienzos del siglo XX, entrevista extensamente a Galdós⁴⁶ en un conocido semanario madrileño.

La importante entrevista de El Caballero Audaz a Galdós se incluyó en el número 3 (17 de enero de 1914) de *La Esfera*, una de las publicaciones periódicas más importantes y cuidadas del primer tercio del siglo XX; esta revista abarca desde 1914 (se inicia el 3 de enero del año citado) hasta 1931 (17 de enero), consiguiendo publicar nada menos que 889 números. José María Carretero, «El Caballero Audaz», estuvo ligado a esta publicación desde su fundación hasta su cierre, firmando habitualmente una sección de entrevistas, titulada «Nuestras visitas»; también creó la sección «Películas breves», en la que publicó sus cuentos cortos, ilustrados con escenas del cine de entonces. Un recuento aproximado de sus aportaciones nos ofrece una cifra que sobrepasa los doscientos textos.

⁴⁵ Nos hemos ocupado con cierto detenimiento del periodista montillano, desde hace varias décadas, en: «El Caballero Audaz' entre el erotismo y la pornografía», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 463, Madrid, 1989, pp. 97-112. Este trabajo volvió a publicarse con algunas adiciones y modificaciones en: «José María Carretero Novillo, 'El Caballero Audaz' (1888-1951) y la novela erótica», en Manuel Galeote, ed., *Andalucía y la Bohemia Literaria*, pról. Lily Litvak, Málaga, Arguval, 2001, pp. 69-96. También la biografía, «José María Carretero Novillo. El Caballero Audaz», en el *Diccionario biográfico español* de la Real Academia de la Historia (consultable on line), es nuestra.

⁴⁶ Con relación a las entrevistas de que fue objeto Galdós, en su última etapa, cfr. la interesante tesis de Carolina Fernández Cordero, *Ideología y novela en Galdós (1901-1920)*, Madrid, Universidad Autónoma, 2014; el Anexo 4 incluye un recuento de las «Entrevistas a Galdós (1901-1920)», p. 401. El novelista fue entrevistado también por otro hermano de El Caballero Audaz, Manuel Carretero, que había nacido en Málaga y que fallecería al comienzo de una prometedora carrera periodística: Manuel Carretero, «Los maestros: Don Benito Pérez Galdós», *Por esos mundos*, 123, 1 de abril de 1905, pp. 342-350. En el texto periodístico se incluye una intervención de Baroja, que asiste también a la entrevista y que comenta: «-Yo voy a escribir una novela que se desarrollará en Córdoba y su serranía llena de encantos, y serán sus personajes jomateros y gente baja de la que allí he observado en mi último viaje: tiene rasgos hermosísimos y gran carácter- dijo Baroja», *ibid.*, p. 350; es posible que se trate de *La feria de los discretos*, de 1905, a pesar de que algunos rasgos de los que aquí apunta no convienen a la misma, pero cronológicamente es posible puesto el original barojiano está fechado, en El Paular, en junio de 1905 (nótese que la entrevista pudo realizarse en marzo del año en cuestión). Para la fecha de conclusión de *La feria de los discretos*, cfr. Juan Carlos Ara Torralba, «Nota a la edición», en Pío Baroja, *Trilogías, II, Obras completas*, ed. José Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998, vol. VII, p. 34. Sobre el hermano de El Caballero Audaz, cfr. el importante y pionero trabajo de Miguel Ángel Buil Pueyo, «Manuel Carretero (1878-1908), un escritor malogrado», *Revista de Filología Románica*, 33-2, 2016, pp. 237-255 (accesible on line).

Por lo que respecta al propio personaje, se trata de uno de esos casos de escritor famoso en su momento y ahora casi olvidado⁴⁷, un novelista cordobés cuyo nombre auténtico era José María Carretero y Novillo (Montilla, 1888 - Madrid, 1951), que vivió durante la primera mitad de nuestro siglo y que popularizó hasta límites insospechados el pseudónimo vagamente agresivo y sugerente de «El Caballero Audaz».

Carretero, nacido en Montilla, realiza sus estudios de bachillerato en el Instituto de Cabra y se traslada más tarde a Madrid donde entra en contacto con el mundo de la prensa, en un principio como ayudante de fotógrafo y posteriormente como redactor. Entre tanto obtiene algún cargo en el Ayuntamiento de Madrid, debido a su amistad con el entonces alcalde D. Alberto Aguilera y publica un cuento en el periódico *Nuevo Mundo*. Esta circunstancia anima al joven escritor a dedicarse a la narración y al periodismo, siendo este último el aspecto que más notoriedad le procuró en su momento catapultándolo hacia la fama. Pertenece a la plantilla de «Prensa Gráfica» y en esta empresa editora, propietaria de varias publicaciones periódicas, como *Mundo Gráfico*, *Nuevo Mundo* y *La Esfera*, empieza a utilizar el pseudónimo literario que lo haría conocido en el mundo de las letras, «El Caballero Audaz».

Su labor y fama periodística están cimentadas en las numerosas entrevistas que realizó a lo largo de buena parte de su vida y que posteriormente recopiló en diez volúmenes bajo el título general de *Lo que sé por mí (Confesiones del siglo)*. Estas entrevistas⁴⁸ o *interviús* obtienen el general

⁴⁷ No se encuentra mencionado, por ejemplo, en un estudio tan fundamental para la época de principios de siglo como el de José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939)*. Madrid, Cátedra, 1981; ni en José Domingo, «La prosa narrativa hasta 1936», en José María Díez Borque, *Historia de la literatura española (ss. XIX y XX)*, Madrid, Guadiana, 1974, aunque se ocupa someramente de Zamacois, López de Haro, Hoyos y Vinent y otros novelistas eróticos. Su figura empieza a ser estudiada por hispanistas europeos, como hace el alemán Thomas M. Sheerer, *Studien zum sentimentale Unterhaltungsroman in Spanien*, Heidelberg, 1983. Por nuestra parte, dedicamos un estudio a este personaje, «El Caballero Audaz' entre el erotismo y la pornografía», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 463, Madrid, 1989, pp. 97-112, algunas de cuyas ideas hemos retomado y actualizado en el artículo «José María Carretero Novillo, 'El Caballero Audaz' (1888-1951) y la novela erótica», en *Andalucía y la bohemia literaria*, ed. Manuel Galeote, Málaga, Arguval, 2001, pp. 69-96.

⁴⁸ La recopilación *Lo que sé por mí* tuvo una reedición ampliada, *Galería*, 1943-1948, con un total de casi trescientas *interviús* dedicadas a personajes de todas las clases sociales, políticas y artísticas. Si el recuento que hemos realizado es correcto, en el vol. I, 80; en el II, 84; en el III, 69; en el IV, 56, es decir, 289 entrevistas. En el V, que no hemos visto publicado, anuncia 77 más, lo que explica que, en el tomo III, en las páginas publicitarias del final, señale que *Galería*, cuando se publique el tomo IV, que entonces supone que sería el último, está integrado por «más de trescientas cincuenta vida extraordinarias». Por lo general, Carretero no altera las entrevistas en es-

aplauzo, incluso el de Pérez Galdós, que fue objeto de una de ellas, como hemos indicado, el cual sólo pone reparos al término inglés que emplea el periodista, al mismo tiempo que recuerda el semanario en que el que se publicaron originariamente:

De las páginas de *La Esfera*, que son como una floresta riquísima de arte pictórico y literaria, sale *El Caballero Audaz* armado de su curiosidad penetrante y de todas sus habilidades capciosas para correr en busca de caracteres que escudriñar y almas que vestir de forma corpórea. Si alguna vez los ingenuos le facilitan su labor de retratista, en las más veces tiene que desnudar a los reservones que ocultan sus pensamientos con espesos disfraces. Así construye *El Caballero* sus famosas intervius. ¡Ah, las *intervius!* Este terminacho estrambótico se me atraviesa como espina que se clava en mí lengua o un pelo que se enredara en los puntos de mi pluma,

ta última edición, aunque suele añadir alguna coletilla criticando la actitud, especialmente si es de carácter político, de algunos de sus entrevistados. Así, en el caso del también novelista erótico Hoyos y Vinent, dice entre otras cosas: «Antonio de Hoyos fue un renegado. Renegó de la fe que llevó de niño en el alma; renegó de su raza aristocrática, de su ambiente, de las tradiciones de su familia, de su patria, de sus amistades...

Hay que advertir que Antonio de Hoyos había empezado por renegar de su sexo, y era un esclavo de sus taras sucias y malditas...». Y a continuación añade: «Cuando estalla la revolución roja, Antonio de Hoyos —sabiendo que yo era un perseguido y no estaba en condiciones de responder— me combatió sañudamente. Creyéndome muerto, asesinado por la horda, todavía siguió escupiendo sobre mi nombre su baba...

Antonio de Hoyos tomó el partido de los rojos —¡de los rojos, enemigos de la tradición, de la aristocracia, de la cultura, de cuanto a él le había dado vida!— y escribía en *El Sindicalista* —durante la guerra— artículos feroces.

Antonio de Hoyos, que al terminar la contienda era ya un despojo humano, caquéctico, intoxicado por el alcohol, rodeado siempre de siniestros milicianos, fue juzgado, con piedad, y sentenciado por la Justicia, y murió en la cárcel.

¡Al fin y al cabo, justo fin de una existencia que fue traidora a todo: a su vida, y a la Vida!», José María Carretero, *Galería*, op. cit., vol. II, p. 437. Carretero suele mezclar con frecuencia el insulto y la palinodia en sus últimas publicaciones. Por lo que respecta a Hoyos y Vinent, nos hemos ocupado de su obra en diversas ocasiones, cfr. «La novela erótica de Antonio de Hoyos y Vinent», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 426, Madrid, 1985, pp. 101-106; «Modernismo y parodia en la narrativa de Antonio de Hoyos y Vinent», *Actas del Congreso Internacional sobre el Modernismo*, ed. Guillermo Carnero, Córdoba, Excma. Diputación, 1987, pp. 399-407; «Aromas de nardo indiano que mata y de ovonia que enloquece» de Antonio de Hoyos y Vinent, *Album Letras Artes*, núm. 30, 1991, pp. 74-85; «La homosexualidad en algunas narraciones españolas de principios de siglo (1900-1930)», en *El Bosque*, 10-11, enero-agosto, 1995, pp. 187-199. El libro más importante sobre este escritor es el de María del Carmen Alfonso García, *Antonio de Hoyos y Vinent, una figura del decantismo hispánico*, Oviedo, Departamento de Filología Española, 1998.

y lo desecho, lo arrojó del papel, sustituyéndolo por la expresión más castiza de coloquios, y mejor aún, confesiones⁴⁹.

Sin embargo, el gran novelista reconoce cualidades bastante adecuadas para la labor periodística en El Caballero Audaz:

Se reúnen en él la prestancia personal para vencer la esquivez del confesado más escamón, la dulzura de su palabra un tanto ceceo-
sa, la tenacidad interrogativa que nunca desmaya, la sutileza de
su pensamiento para buscarlas las vueltas a los que no se entregan
sin rodeos o enrevesados eufemismos⁵⁰.

También Cansinos Asséns en sus memorias literarias, recuerda a nuestro periodista, aunque con evidente poca simpatía:

De pronto salta al escenario la corpulenta figura del Caballero Audaz, que estaba no sé dónde, confundido entre los grupos... Alto, hasta parecer un gigante sobre aquella peana del tabladillo, arrogante, gordo, bien vestido con su chaleco de fantasía y sus botitos, como un socio del Casino de Madrid, el arribista que debe su fama a esas noveluchas eróticas como *Alma desnuda* (cuyo título más justo sería *Cuerpo desnudo*) y su lujo llamativo y vulgar, su abrigo de pieles, sus sortijones y su alfiler, a su casamiento con una cocotte menopáusica, *El Carretero Audaz*, con su vocejón plebeyo, de labriego andaluz, arremete despectivo y retador con los oradores que lo han precedido [...] y los acusa de estar al servicio de la Casa del Pueblo y querer utilizar a los periodistas para sus fines subversivos [...]. Pero ninguno se atreve a iniciar el menor gesto agresivo. ¡Ese novelista pornográfico tiene unos bíceps de boxeador y además es un espadachín!...⁵¹

Un detalle que menciona Cansinos, la corpulencia de Carretero, sirve también para caracterizar a este personaje en los medios literarios madrileños. El propio escritor no desdeña referirse a este rasgo:

⁴⁹ Benito Pérez Galdós, «Prólogo», *Lo que sé por mí*, Madrid, Mundo Latino, 1922, vol. I, pp. 7-8. Además este testimonio se encuentra recogido, junto con otros muchos, en *El Caballero Audaz*, *La ciudad de los brazos abiertos*, Madrid, Renacimiento, 1926, en un apéndice titulado «Palabras de escritores españoles en torno a 'El Caballero Audaz'»; p. 323. Con todo, el término había sido ya empleado por Galdós en su variante gráfica inglesa y destacado como préstamo: «No nos hartábamos de preguntarle, y él a todo nos respondía sin mostrar fastidio de nuestra pesadez. Tampoco manifestaba la presunción natural en quien se ve objeto de un interrogatorio, o *interview*, como ahora se dice», Benito Pérez Galdós, *Nazarín*, Madrid, Hemando, 1976, 7ª ed., p. 31; en el mismo texto se reitera el término.

⁵⁰ Benito Pérez Galdós, «Prólogo», *Lo que sé por mí*, op. cit., p. 8.

⁵¹ Rafael Cansinos-Asséns, *La novela de un literato*, Madrid, Alianza, 1985, vol. 2, pp. 308-309.

Además de ser insultante la estatura de Carretero, él la administra de una manera ofensiva... Tras las primeras palabras que cruza con su interlocutor, acostumbra a echarle un brazo por los hombros y casi a escondérselo bajo su sobaco, que es una tienda de campaña⁵².

Otro escritor del momento la caracteriza así:

Alto, vigoroso, fuerte, da impresión de pertenecer a una raza ciclópea de hombres desaparecidos. Luce bíceps de atleta. Podría luchar cuerpo a cuerpo con Cadine⁵³.

Por lo que respecta a la entrevista realizada a don Benito Pérez Galdós, hay que señalar que pertenece a lo mejor de sus aportaciones en este terreno y la encontramos marcada por la naturalidad, por el relato sencillo y, a ratos, conmovedor del gran escritor, dejándonos en conjunto una semblanza que nos resulta verídica y convincente. Este texto se sitúa al comienzo de su edición recopilatoria, titulada *Lo que sé por mí* (1916), entonces con prólogo de Galdós, como se ha indicado, y ocupa también las páginas iniciales del volumen primero de *Galería* (1943), lo que nos parece indicativo del interés que tiene para el periodista montillano. En esta última y definitiva edición ha añadido una parte introductoria, de relativa extensión, y otra más en las páginas finales, de tal manera que la conversación reflejada en *La Esfera* ocupa únicamente la parte central.

En *Galería*, El Caballero Audaz comenta lo siguiente:

El primer personaje al que yo hice una información para publicarla en las páginas de *La Esfera* fue don Benito Pérez Galdós⁵⁴. / Justificaba esta preferencia, además de la grandeza genial de su obra y del brillo universal de su gloria, el que la figura venerable de Galdós estaba para mí, desde mi infancia, aureolada de la más fervorosa admiración y el más entrañable afecto. / Conocí de

⁵² El Caballero Audaz, *Lo que sé por mí*, op. cit., p. 216.

⁵³ Demetrio Korn, cuyo testimonio se recoge en El Caballero Audaz, *La ciudad de los brazos abiertos*, op. cit., p. 338. También César González Ruano incide en el mismo asunto al referirse a Carretero: «José María Carretero, gigantón andaluz, me pareció hombre leal con sus amigos, afectivo y simpático en cuanto se traspasaba aquella grasa de vanidad de primer orado del éxito con un público, ¿cómo decirlo?... muy público», *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Madrid, Tebas, 1979, p. 222.

⁵⁴ Hay que tener cuidado con las afirmaciones que hace Carretero en la última recopilación, porque suele modificar algunas cosas y añadir otras; Pérez Galdós no fue el primer personaje entrevistado por él para *La Esfera*, sino que lo fue la Duquesa de Canalejas, en el número 1 de la publicación (3 de enero de 1914) y a continuación Armandó Palacios Valdés, en el número 2, (10 de enero de 1914); Pérez Galdós aparece entrevistado en el número 3 (17 de enero de 1914).

muy niño la ternura del acento y la caricia de la mano del excelso autor de los *Episodios nacionales*⁵⁵.

Sigue luego el desarrollo de una anécdota de la niñez, que había aparecido en el momento de la muerte de Galdós, y que resulta un tanto inverosímil, desde la perspectiva actual, y a continuación el núcleo central de la entrevista, de la que destacamos algunos fragmentos.

He aquí cómo nos describe el ilustre personaje, afectado por la enfermedad ocular y la vejez:

¡Don Benito!... De su fortaleza de robleno conserva más que el recio esqueleto, agobiado por el peso de sus setenta años de trabajo. El gabán, hecho cuando su cuerpo estaba más pujado, le cuelga de los hombros como de una percha. Casi cieguécito, con sus gafas negras, andando con lentitud y adelantando instintivamente la mano derecha antes de dar el paso, con su gabanete deshilachado por los bolsillos y por las mangas, con su gorrilla gris y su cabello largo y acaracolado por el cuello, don Benito, el maestro, el pensador, el abuelo, nos ha dado la visión horrible del menesteroso⁵⁶. ¡Y nuestra tristeza ha sido profundísima!...⁵⁷

La naturalidad y la fluidez del diálogo que mantienen ambos interlocutores resultan evidentes en este fragmento:

—Bueno—exclama, tras breve silencio—; usted viene a que yo le diga algo para publicarlo. ¿Y qué le voy a decir yo?...

—Nada, don Benito... Yo vengo a visitarle, pudiera ser que publicara una impresión de esta visita; pero...

—¡No! Hombre... ¡No!... Porque dígame usted: ¿Qué le interesa a nadie eso?... Tonterías... Tonterías.

—No faltaba más, don Benito; a todos nos interesa cómo vive usted; a todos nos agrada hablar un rato con quien tanto hemos convivido en sus libros... ¿De dónde es usted?

⁵⁵ El Caballero Audaz, *Galería. Más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas y comentadas*, Madrid, Ediciones El Caballero Audaz, 1943, tomo I, p. 9. Este texto fue publicado previamente por El Caballero Audaz, «La figura de la semana: Galdós», *Nuevo Mundo*, 9 de enero de 1920, y quizás haya modificaciones entre ambas redacciones.

⁵⁶ La pobreza, habitual en la mayoría de los escritores españoles, afectó también a Galdós, no sólo al final de su vida, sino en otras ocasiones anteriores, como recuerda Julio Burell. El mismo Burell refiere una anécdota de Valera que incide en la escasa ganancia que obtenían los novelistas más populares:

⁵⁷ El Caballero Audaz, «Pérez Galdós», *Lo que sé por mí*, op. cit., p. 18. Las restantes referencias a esta edición, que nos parece más fiable que la de *Galería*, se hacen en el mismo texto, mediante la indicación de la página correspondiente.

—¿Que de dónde soy?... Pero, hombre..., si eso lo sabe todo el mundo! ¡De las Palmas!

—Yo también lo sabía; pero deseaba que me lo dijera usted. ¿A qué clase de familia pertenecía usted?

—A una familia como todas...

—He querido decir, don Benito, que si ricos o pobres...

—De lo principal de allí...

—¿Estudió usted en Las Palmas?...

—Primeras letras y segunda enseñanza.

—¿Era usted aplicado?...

—No, señor; no me gustaba estudiar... En cambio me entusiasma leer libros amenos.

—¿A qué edad llegó usted a Madrid?...

—A los diez y nueve años vine a terminar la carrera de abogado. Y en vez de preparar el curso, me encantaba andar vagando por las calles y pararme delante de los escaparates a contemplar los objetos expuestos. Otras veces me iba a pasear por las afueras de Madrid...

—¿Y amores de la juventud?... ¿Tendría usted alguna novia, eh?

—Muchas; pero esas tonterías no hay para qué decir las (pp. 18-20).

Tiene interés literario el momento en el que habla de sus novelas y de la situación vital en que fueron publicándose:

—¿Cuándo escribió usted su primera novela?

—Verá usted, amigo: el año 68, cuando la revolución, escribí *La fontana de oro*; tanto es así, que el asunto de esta novela está inspirado en aquella revolución; el 69 la imprimí en casa de Noguera, calle de Bordadores; hice de ella una tirada de dos mil ejemplares... Al año siguiente publiqué en *La Revista España* «*El Audaz*». Tenía yo entonces veinticinco años... Después, el 73, fue cuando me lancé con los *Episodios* y escribí *Trafálgar*... Desde entonces cada año publicaba cuatro tomos de *Episodios*.

—¿Y la primera novela?

—La primera novela contemporánea fue *Doña Perfecta*, y la escribí el 76; al año siguiente, *Marianela*. En el teatro no aparecí hasta el 92, con *Realidad*.

—¿Cuántos tomos en total lleva usted publicados?

—Unos cien volúmenes.

—¿Usted administra sus obras?...

Don Benito se ha entristecido; después, como el que no puede reprimir una honda pena, murmura:

—¡No, señor!... Es decir, la propiedad de mis libros la conservo... Pero he sido explotado, ¡muy explotado!... ¡Como todos!...

—¿Cuánto le han producido sus obras?...

—A mí, muy poco; a otros, los han hecho ricos.

—¿Cuál de sus libros prefiere usted?...

—No tengo preferencia determinada por ninguno.

—¿Cuál fue el que más se vendió?...

—Casi todos iguales... De las novelas contemporáneas, creo que *Marianela*.

—De sus obras de teatro, ¿qué predilección tiene usted?...

—Predilección, por ninguna... *El Abuelo*, por lo menos, es el que más subsiste, a pesar de que *Electra* es la que ha tenido éxito más ruidoso (pp. 20-21).

Una pequeña parte de la entrevista está dedicada a los proyectos que aún tenía el anciano escritor:

—Dígame, don Benito, ¿qué proyectos literarios o políticos tiene usted para el porvenir?

—Políticos, ninguno. Lo que quieran. Literarios, por el momento tengo idea de hacer dos obras de teatro para el año próximo; pero eso está todavía en el secreto de la gestación interior... Novelas, no... Me faltan tres episodios, que serán *Sagasta*, *Cuba* y *Alfonso XIII*... Tengo el propósito, para hacer el segundo, de irme a la isla de Cuba a pasar allí dos meses para documentarme bien. No sé..., no sé... También me han invitado a ir a Buenos Aires, ¿Y sabe usted lo que me retiene?... ¡La etiqueta! Yo odio la etiqueta. Eso de ponerme de levita y chistera, lo detesto; vamos, ¡con decirle a usted que no tengo chistera en uso, porque una que anda por ahí rodando está muy anticuada y ya no pienso colocármela más en lo que me resta de vida!... (pp. 23-24).

Finalmente salen a colación la salud y la pobreza del escritor:

Reímos; al llegar a la calle del Príncipe, don Benito cambia las gafas ahumadas por las claras.

—Y de la vista, ¿cómo sigue usted?

—Lo mismo—me contesta entristecido—. Perdí por completo la luz del ojo derecho, y con el izquierdo veo algo, pero muy confuso.

—Y claro, ¿no podrá usted escribir?...

—Desgraciadamente, no; tengo que dictar.

—Le costará a usted mucho trabajo.

—Al principio, sí; acostumbrado como estaba a fijar el pensamiento por mi misma mano, de prisa y directamente, en la cuartilla, a leerlo y releerlo después, a que entre la creación y yo no mediara nadie, hasta el hábito mismo de sentarme y coger la pluma, me pareció que no podía continuar escribiendo; después, poco a poco, poniendo a contribución de la necesidad una gran fuerza de voluntad, he conseguido habituarme, y hoy lo hago sin el menor esfuerzo.

—¿Pero, usted, don Benito, después de sus cien libros y de sus numerosas obras de teatro; después, en fin, de medio siglo escribiendo, supongo yo que no laborará por necesidad, sino por placer, por crear, por la satisfacción de legarnos la mayor cantidad posible del tesoro inmenso que acumula su cerebro sobrehumano?...

—¡No, amigo!... A pesar de toda mi labor pasada, si en el presente quiero vivir no tengo más remedio que dictar todas las mañanas durante cuatro o cinco horas y estrujarme el cerebro hasta que dé el último paso en esta vida (pp. 23-24)⁵⁸.

⁵⁸ Sobre la habitual pobreza de los escritores tenemos muchos testimonios de la época; así, Julio Burell, en torno a 1891-1893, nos lo describe en el Ateneo de Madrid, como un socio más de la institución, y además, añade en otra ocasión, todos los escritores malviven, carecen de ingresos suficientes para dedicarse en exclusiva a la creación literaria y entre ellos está Galdós: «Y, para que no pierdas ripio, fíjate en ese socio que pasa sin detenerse. /—¿En ese que sale del salón de periódicos? Sí, ya lo veo siempre hojeando ilustraciones, Revistas y periódicos de todas partes. Parece un señor muy raro. No habla nunca con nadie; no se mueve de su asiento; tiene unos ojillos muy vivos, muy chispeantes; pero no le he encontrado nada de particular... /—Pues es Pérez Galdós», «El Ateneo de Madrid», *El Heraldo de Madrid*, 11 de noviembre de 1891, p. 1; «Yo creo dar un excelente consejo a los socialistas si les digo: dejaos de prejuicios envenenados./ ¿Nos creéis asalariados? Lo somos como vosotros y con la misma mala fortuna. Mirad a las cumbres literarias... Allí veréis a Zorrilla, que es enterrado por estipendio público. Allí a Galdós, que con una obra colosal apenas si ha podido comprar algunas sillas cómodas en que sentarse. Allí a Núñez de Arce, que tiene que vivir de su cesantía de ministro, no de sus poemas ni de sus *Gritos del Combate*. Allí a Valera, que a no ser diplomático no hallaría con *Pepita Jiménez* «modo de pagar la cola de un vestido para su señora». Allí a Narciso Serra, que crea un teatro y espira poco menos que indigente. Y más abajo, y en la llanura, no veréis entre los oscuros y los humildes sino tristezas y abandonos, caídas en la sombra y corazones sangrando» «Blusas y levitas», *El Heraldo de Madrid*, 2 de octubre de 1893, p. 1. Con respecto a Valera, el mismo Burell nos transmite la anécdota siguiente, ya apuntada en el fragmento anterior: «Recuerdo haber leído en un libro de miscelánea de D. Juan Valera algo como esto: 'Suponiendo que un vestido de baile para mi mujer me cueste 6.000 reales, seguramente

En la parte final de la entrevista original, Carretero comenta:

Las últimas palabras de don Benito, dichas con una velada amargura, con una sacerdotal resignación, caen en mi alma como gotas de hiel que ahuyentan todas mis ilusiones de literato joven. Podéis creerlo. Hay un momento en que deseo besar la descarnada mano del maestro para imprimir con mis labios el suelo y el agradecimiento de todos los que luchamos con la pluma (p. 25).

Hay una nota del periodista al concluir el texto, en la cual indica: «Esta Entrevista dio lugar a un acto hermoso: La suscripción nacional en favor del Insigne y glorioso D. Benito Pérez Galdós» (p. 26).

Se trata de una iniciativa económica en favor del novelista al que se le considera por entonces en una apurada situación, de cuyo escaso resultado da cuenta el mismo promotor en algún artículo de periódico de la época⁵⁹, y que más tarde, en el texto publicado en *Galería*, amplía y comenta en los siguientes términos:

Este llamamiento, hecho por mí a la intelectualidad española, no cayó en el vacío. / Respondieron a él múltiples voces generosas, agitaron e interesaron a la opinión entusiastas campañas periodísticas, y quedó organizada una gran suscripción nacional en favor del glorioso don Benito. / En el primer ímpetu se recaudaron bastantes miles de duros, aunque no los suficientes para crear una renta que redimiese a El Abuelo de la dura servidumbre del trabajo. / Mientras tanto, don Benito enviaba con relativa frecuencia artículos de colaboración a La Esfera, y, agradecido a mi iniciativa, me llamaba a su casa para informarse, con mal disimulada impaciencia del curso de la suscripción (pp. 17-18).

El relato que nos transmite concluye con diversas referencias al fallecimiento de Galdós, momento en que también estuvo presente Carretero, según él mismo indica, afirmación que hay que tomar con cierta cautela y que resulta hartamente improbable, porque ya hemos visto que en el luctuoso momento sólo estuvieron presentes unas pocas personas de su círculo familiar más inmediato; igual sucede con el relato de que el periodista ayudó

que *Pepita Jiménez* no me ha producido lo suficiente para pagar la tela empleada en la cola de un traje'. No hablemos del teatro, nadie sabe lo que aquí se satisface por los arreglos, desarreglos, acomodados y traducciones francas de los dioses mayores y de los acólitos del teatro francés. Seis y ocho mil francos ha pagado muchas veces la empresa de la *Comedia* por obras de mediano fuste», *El Día*, 26 de febrero de 1892, apud José Luis Lechado, *Julio Burell en el Heraldo de Madrid*, Iznájar, Edición del recopilador, 2018, vol. V, p. 69.

⁵⁹ El Caballero Audaz, «Las migajas de una suscripción. Galdós acusa», *El Día*, 12 de diciembre de 1916, p. 2; hay otros artículos del mismo autor sobre el mismo asunto en diversos días del mes en cuestión.

a llevar el féretro de Galdós, cuestión que también nos parece un tanto aventurada. No obstante, concluimos esta aproximación al tema, con los dos rasgos citados: la muerte y el entierro, según Carretero, descritos con notable melodramatismo, rayano en lo morboso.

Y así hablando [con José Hurtado de Mendoza, sobrino de Galdós] —escribe—, sigilosamente llegamos a la alcoba de don Benito y en ella penetramos con pasos temblorosos... No se oía más que la angustiosa respiración del glorioso, que, más que respiración, era un ronquido comatoso... / Yacía en el lecho luchando con la muerte, que parecía tenerle atenazado por el cuello... Su naturaleza privilegiada defendíase rudamente contra aquel acoso de algo que nosotros no veíamos, pero que advertíamos por la persistente actividad de los movimientos del paciente. Clavando los codos en el lecho, y arqueando su pecho en tremendas contracciones, parecía querer escaparse, querer librarse de aquel martirio... Con sus manos, largas y descarnadas, buscaba los embozos y pugnaba por descubrirse, por arrollar hasta la cintura las ropas de la cama. Y sin cesar exhalaba suspiros y ayes desesperados. Tenía las facies desencajadas; las pupilas, espantosamente quietas, apenas brillaban, y la faz amoratábase. El maestro moría bajo el Cristo crucificado que siempre presidió su sueño [...] Todo se fue extinguiendo —continúa diciendo—, y el mártir quedó vencido, aquietado por la Muerte, a las tres de aquella madrugada. / Besé varias veces sus manos, ya casi rígidas, y escapé a extender mi dolor por las negras calles desoladas. / El entierro fue un día lluvioso y triste. Yo ayudé a sacar a hombros el féretro de la caseta de la calle de Hilarión Eslava. Me separé del cortejo fúnebre en plena Puerta del Sol [...] (pp. 21-22).